

Chavelita

Silvia Molina

Para Carlos Payán

I

Llegó en la primavera con un paraguas amarillo para el sol y con botas cerradas. Una señorita de cincuenta años, delgada pero fuerte y de cabello gris recogido en una trenza larga. La traía consigo doña Carmen, la señora que vendía tacos a los albañiles en la esquina de mi casa.

—La veo muy solita, hija. ¿No quiere que le traiga a alguien para que le ayude?

Chavelita sonrió al verme por primera vez y antes de saludar dijo:

—Quiero un uniforme negro de manga larga.

Me pareció curioso que le importara más un uniforme que cuánto ganaría o qué tendría que hacer.

—Ya casi nadie lo usa.

—Con cuello y puños blancos. Larguito —insistió.

Llevaba un mes sin ayuda y estaba dispuesta a conseguir cualquier cosa que me pidiera. Hablamos del salario y en general del trabajo de la casa.

Busqué el uniforme hasta que lo encontré en La Lagunilla, en una tienda de vestuario para teatro. Me la recomendó mi mamá.

El domingo por la noche, cuando Chavelita llegó con sus cosas, le entregué los uniformes y le expliqué cuidadosamente lo que tenía que hacer. Éramos nada más Juan y yo. Él salía a correr con la Mora, la perra pastor alemán, a las seis de la mañana, y sólo volvía por la mochila del club: se iba a jugar tenis al Deportivo Chapultepec, donde todavía hoy se baña, se cambia para ir al trabajo y se desayuna. Yo salía a la chamba a las siete y media con algo ligero en el estómago.

Ambos comíamos y cenábamos en la casa: un lujo que nos regalaba la ciudad de entonces. Por lo demás, el que-hacer era común y corriente aunque había que darle de comer a los canarios y a la Mora, así como regar las plantas del jardín. Nada del otro mundo, porque había lavadora y secadora, y yo hacía esa tarea lo mismo que planchar las camisas de Juan. La casa es pequeña y somos ordenados. No dejamos nada tirado ni fuera de lugar.

Antes de irme a dormir le dije a Chavelita que había sacado carne del congelador para que hiciera sopa de zanahoria, arroz blanco y bisteces con ensalada.

—¿Entendió, Chavelita? —terminé curiosa pues veía sus ojos fijos en mí sin ninguna expresión.

—Sí, “señora”, aunque sea más bien una chamaquita... Tenía dieciocho años y estaba recién casada.

—Ya maduraré, Chavelita —dije socarrona y la dejé en su cuarto—. Que pase buena noche.

El lunes, a las cinco y media de la mañana, Chavelita nos despertó a Juan y a mí con una charola llena de comida: huevos a la mexicana, frijoles refritos, jugo de naranja, pan con mantequilla, mermelada y café.

Me levanté sorprendida:

—No le dije que desayunaríamos en la cama y menos a esta hora. Le expliqué que mi marido hace ejercicio temprano. No desayuna aquí.

—El señor no puede hacer ejercicio sin desayunar. Necesita energías, sobre todo después de una “noche de amor” —subrayó.

Dejó la charola sobre la mesa del cuarto y fue entonces cuando descubrí en ella el pequeño florero con una rosa blanca del jardín.

Estallé de risa. Mi esposo estaba furioso.

II

Después de arreglarme, ya de salida para el trabajo, llamé a Chavelita.

—Fue muy buen detalle de su parte; se lo agradezco, pero ya vio: mi esposo se va sin desayunar. Así está acostumbrado. ¿Entendió?

A la salida, me encontré a la vecina, que me interceptó antes de que me subiera al coche:

—Me dijo Carlos que ya tienes muchacha.

—¿Cómo sabe? —pregunté.

—Porque cuando salió para llevar a los niños a la escuela, la vio barriendo la calle. Dice que es igualita a

Mary Poppins, toda de negro con un sombrero para el sol, que nada más le falta el paraguas.

—Pues lo tiene —contesté divertida.

Esa mañana estuve bostezando en la oficina. Llegué a casa con hambre y deseos de dormir una siesta antes de regresar al trabajo. Juan estaba esperándome.

Nos sentamos a comer. La mesa estaba bien puesta y había colocado con gracia la servilleta sobre el plato hondo, preparado agua de limón del limonero del jardín, y puesto la rosa blanca del desayuno en la mesa, pero con más follaje. Me sentí tranquila pero se desvaneció esa sensación cuando Chavelita preguntó:

—¿Qué quieren tomar: sopa de zanahoria o moñito?

Mi esposo me echó una mirada de azoro y yo salté:

—Le pedí sopa de zanahoria. ¿Por qué preparó dos sopas?

—Para que escojan, señora.

—Esto no es restaurante —dijo, seco, Juan.

—Traiga la sopa de verdura y guarde la de pasta para mañana —ordené.

Cuando retiró los platos hondos. Volvió a preguntar:

—¿Arroz blanco o espagueti?

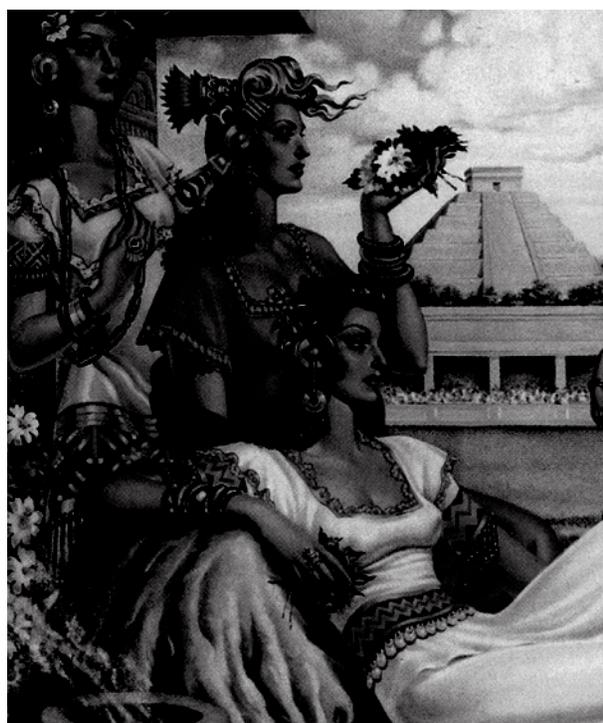
Por poco sale el agua de limón de mi boca como *spray* sobre la mesa.

—No entendió lo que acaba de decir el señor: Esto no es restaurante. Somos dos, Chavelita. Dos recién casados como usted se ha encargado de subrayar. Le dije qué hiciera de comer. Punto —terminé enojada e incómoda por la mirada de mi esposo que me estaba insinuando que yo tenía la culpa de esa situación.

—¿Qué prefieren?

—¿Entendió lo que acabamos de decir? —ataqué.

—Sí señora. ¿Sopa de arroz o espagueti?



Mi marido me miró y yo me quedé sin saber qué decir. Fue ella la que habló.

—Y para que puedan decidir mejor, después hay bisteces o albóndigas.

Me levanté y la guié a la cocina.

—Vamos a comer lo que le pedí. Guarde lo demás para mañana.

—Sí, señora.

—Sí, señora, ¿qué?

—Guardo lo demás para mañana.

Volví a la mesa.

—¿De dónde salió Chavelita? —preguntó Juan.

—Me la recomendó doña Carmen, la taquera.

—Pues ahora mismo la buscas para que se la lleve.

Mi esposo siempre ha tenido sentido del humor, y no pierde la paciencia fácilmente, pero ese día estaba disgustado. Terminamos de comer, y antes de levantarnos llamé a Chavelita:

—Cenamos ligero.

Y le pregunté a Juan si le parecía bien unos sándwiches de jamón y una ensalada. Estuvo de acuerdo.

III

A mi regreso del trabajo, vi la casa albeando: Chavelita había lavado el plato de la Mora, regado el jardín, encerrado los muebles, sacudido las mesas, limpiado las lámparas... y en el tendedero se movían impecables las toallas, las camisas de Juan y mi suéter azul a pesar de que le había dicho que yo lavaba la ropa. No la vi en la cocina pero la escuché cantar mientras barría el patio trasero. Entonaba algo parecido a un salmo: debía ser evangelista. Era curioso escuchar aquella voz aguda y dulce con fondo de escobazos: *Señor, Dios mío, en ti me refugio, sálvame de todos los que me persiguen, librame para que nadie pueda atraparme...*

Olvidé la turbulencia de la mañana y la borrasca de la comida: había hablado con Chavelita y confiaba en su sentido común. Cuando llegó mi esposo nos sentamos a ver televisión y pedí la cena. Estábamos cansados y comenzaba una película que no habíamos visto.

Chavelita subió ensalada, cuatro quesadillas y dos sándwiches que parecían de Sanborns y frijoles refritos. Delante de ella Juan me regañó:

—No sabes mandar o ¿qué pasa?

Si hubiera tenido el sándwich en la mano se lo habría aventado.

Tomé las quesadillas y los frijoles y fui a la cocina

—Entienda que somos dos personas. No tenemos dinero, ganamos lo suficiente para vivir al día y nada más. Se da cuenta de que ya logró que nos peleáramos mi esposo y yo por usted. Cuando yo le diga vamos a comer tal cosa, se limita a hacer eso al pie de la letra.

Subí a despintarme y me fui derecho a la cama. Qué tele ni qué cena ni qué demonios. Estaba enojada por el reclamo de Juan.

IV

A las cinco y media de la mañana oímos otra vez la voz de Chavelita anunciando el desayuno: una charola con chilaquiles y frijoles, pan tostado con mantequilla, mermelada y café. Al centro de la charola había una rosa roja.

Hablé con Chavelita:

—Me va a llevar a la ruina, mi esposo se pone furioso, la voy a despedir, una mañana nos pescará haciendo el amor...

El miércoles fue imposible seguir así: la despedí.

—No me voy a ir porque estoy contenta.

—Pero resulta que yo no. Todo lo hace bien, créame, excepto esa manía suya de la comida. Se lo advertí.

Salió de la cocina y fue a hablar por teléfono.

—Le acabo de hablar a mi papá.

—¿Y eso qué?

—Va a venir del pueblo en la noche a hablar con usted.

—Mire, Chavelita. Nos vemos a la hora de la comida y pobre de usted donde nos dé a escoger el menú —pegué en el refrigerador la lista con letra grande y roja.

Le hablé por teléfono a mi esposo y le pedí que hiciera lo posible por llegar temprano, y fui a buscar a doña Carmen para decirle que su recomendada estaba despedida.

—¡Qué barbaridad me cuenta usted, hija!

V

A las ocho de la noche llegó don Raúl Martínez, el papá de Chavelita. Un hombre amable, bueno, bajito, vestido con un traje gris luido por el uso. Llevaba un sombrero de fieltro en la mano. Lo pasé a la sala y le expliqué que Chavelita era trabajadora pero terca.

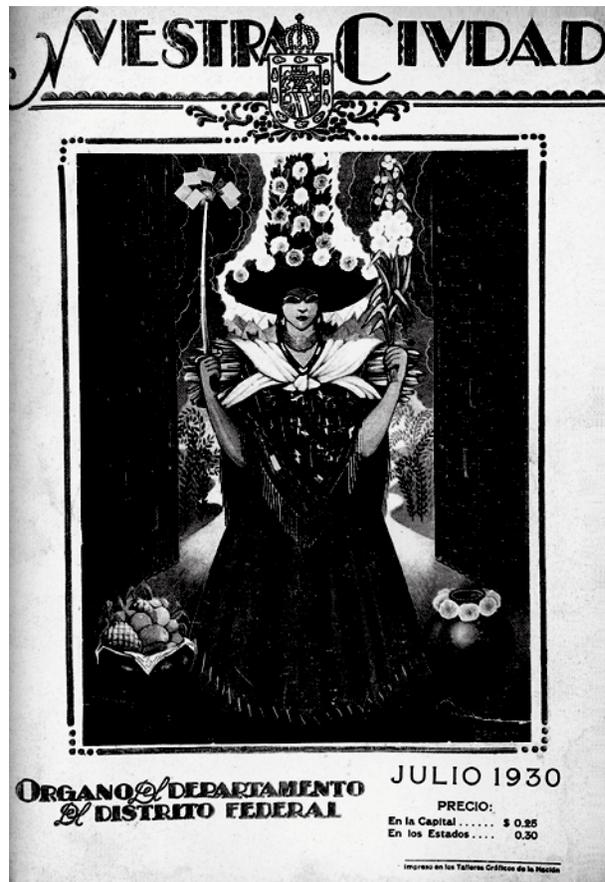
—¿Y me lo dice usted a mí, señora? —dijo con una naturalidad apabullante.

—No hay manera de que entienda. No la quiero aquí.

—Ya la ha aguantado bastante, señora. No se....

—No me voy, papá. Aquí me enfermé y aquí me tengo que curar...

Don Raúl estaba de mi lado; era suficiente. Les dije que subiría un momento a hacer una llamada. Y en efecto: mi hermano es abogado. Le expliqué que había despedido a Chavelita y temía que me demandara. Me dictó una carta de renuncia. Cuando bajé, ella estaba terminando de poner la mesa con el mantel bordado a mano, regalo de bodas, y mi vajilla de lujo, herencia de la abuelita de Juan. Había tres lugares.



—¿No le parece que su hija podía haber preguntado si ponía en la mesa tres lugares y sacaba el mantel fino?

El señor guardó silencio. Les leí la carta y Chavelita dijo que no la firmaba e insistió en se había enfermado en mi casa y no se iba hasta que se curara. Estábamos en esa discusión cuando escuché que había llegado Juan.

—Le ruego que firme su hija antes de que entre mi esposo —le tendí la pluma.

Firmó.

Entró Juan y mientras los presentaba, Chavelita entró en la cocina. Corrí al jardín a ver a la Mora y corté unas rosas. Iba camino a la cocina por un florero cuando Chavelita nos llamó a la mesa.

El señor pedía permiso a Juan de dormir en la casa porque era tarde para regresar a su pueblo. De pronto Chavelita entró en el comedor:

—¿Ensalada de atún o tacos de pollo y frijoles refritos?

—¿No habrá pan de dulce, un chocolatito caliente y un poco de salsa o quesito y crema para los tacos? —preguntó el señor Martínez.

Busqué la mirada de mi esposo. No es que se me hayan caído las flores de la mano sino que las solté para taparme la boca porque la carcajada me estaba ganando. Él se apresuró:

—Se pueden quedar, señor Martínez; pero se lleva tempranito a Chavelita, por favor. No se le vaya a ocurrir servir el desayuno. **U**